

BIBLIOGRAFIA

100 PAGES POUR L'AVENIR. REFLEXIONS DU PRESIDENT DU CLUB DE ROME. Un vol. 21×14, 173 págs., 20 cuadros y gráficos. Ed. ECONOMICA, París, 1981.

La humanidad puede salir de la grave crisis en que está inmersa, pero para ello es preciso que se utilicen inteligentemente sus recursos y sobre todo los recursos humanos. Este es el mensaje del último libro de Aurelio Peccei, piemontés liberal y luchador, espíritu pragmático, promotor de industrias en el Tercer Mundo, fundador y hoy presidente del Club de Roma.

La dedicatoria es un reflejo de un vehemente deseo de que colaboren todos los que puedan aportar su capacidad y preparación en el enfrentamiento con los desafíos mundiales y participar en una auténtica revolución humana. Dedicó el libro "A los jóvenes de edad o espíritu, única esperanza para el futuro de la humanidad".

Consideramos que ha logrado su empeño de escribir un libro con impacto; un libro breve, honesto y claro en el que se exponen los peligros a que nos encaminamos, pero mostrando al mismo tiempo la convicción de que existen posibilidades de enderezar la situación. El autor ha huido de las palabras huecas y de las promesas utópicas y ha adoptado un lenguaje directo y simple. No ha pretendido ofrecernos análisis profundos, sino un tratamiento general de las cuestiones básicas del futuro y del reciente pasado. Ha prescindido de la erudición de citas profusas y ha reducido los datos numéricos al mínimo necesarios para dar idea de las grandes evoluciones y los grandes desequilibrios; y los expone en cuadros y gráficos en los que ha buscado la máxima elocuencia. Como dice, es "Un libro para leer en un fin de semana y meditar durante un año".

A partir de la amplia información de que dispone por el cargo que ocupa, Peccei recoge sus reflexiones a título exclusivamente personal, no en nombre del grupo libre que constituye el Club de Roma, si bien pensamos que podrían ser suscritas por el resto de los miembros de tal entidad e integrarse en un nuevo informe en la línea de los ya publicados. El libro consta de dos partes: 1) Orto y ocaso del hombre y 2) Los caminos estrechos del resurgimiento.

La preocupación por el futuro

Decía Paul Valéry hace 40 años —y, por tanto, con muchos menos motivos que podría decirlo hoy—, al hablar de la evolución del mundo, la frase que ahora suele recordarse con frecuencia, "Ya ni siquiera el futuro es lo que era". Cada época ha tenido su cupo de reveses y esperanzas; pero antes el cambio era muy lento. Salvo en anómalos periodos de catástrofe, el individuo y la familia, la ciudad y el campo se mantenían en unas condiciones bastante previsibles. La evolución de ideas y de situaciones era casi imperceptible a través de una existencia monótona.

Pero el hombre moderno, armado del rigor científico, y de una paciencia benedictina en el análisis, ha logrado penetrar en los secretos de la materia y de las fuerzas del universo. Ha desmitificado fantasías y ha desvelado muchas incógnitas físicas tanto en el infinitamente grande de espacio cósmico como en el infinitamente pequeño de las partículas subatómicas. Asimismo pretender dominar o al menos orientar el futuro. No se conformó con ser protagonista, sino que quiere ser autor. A partir de ciertos datos e hipótesis de base, intenta planear el futuro definiendo tendencias y esquemas de escenarios posibles y prospectivas de actividad *lato sensu*, a corto y medio plazo. Lo que era meta de esperanzas y tema de imprecisas cábalas es hoy objeto de análisis y propósito de orientaciones que pueden crear situaciones irreversibles. Hoy se estudia la evolución de estructuras y sistemas socioeconómicos, así como la interdependencia entre países y la coexistencia entre bloques.

Embragado por sus desarrolladas capacidades de actuación y sus éxitos inmediatos, el hombre-autor no se da cuenta de que la humanidad puede pagar muy caro mañana los beneficios que va a conseguir hoy. Cegado por los avances de la ciencia, termina por olvidar las inspiraciones de la filosofía y de la fe, que son las que pueden dar continuidad y armonía a su empresa.

La evolución y el desarrollo nos han llevado a sistemas cada vez más complejos, y tenemos que orientarnos en el intrincado laberinto de un mundo entre natural y maquinista, confiando en modelos matemáticos para simular la realidad del desarrollo que se trata de planificar y descubrir qué lógica



seguirá en sus comportamientos la sociedad del futuro.

El hombre de hoy es capaz de desarrollar todo, pero olvida desarrollarse a sí mismo y, en consecuencia, el porvenir se presenta más incierto, y también más confuso que en cualquier otro periodo de la historia.

En los albores de una nueva era

Atravesamos un periodo de mutaciones de fondo que llevará consigo roturas de ritmo, discontinuidades e inversiones de tendencias que invalidan las teorías clásicas de la periodicidad y de la esperanza en ciclos de diverso plazo que se establecen en las leyes de Kuznets y de Kondratieff. La fase que se abre ante nosotros es totalmente nueva. Boris Pasternak, en su *Testamento* (1956), dejó escrito que asistimos al final de una edad histórica que había comenzado en la década de los 30 del siglo pasado, cuando el hombre había tomado una conciencia más clara de su potencial técnico (revolución en la ciencia y en la industria, acortamiento de las distancias) y había descubierto el valor pragmático de la Razón. El nóbél ruso decía: "Bajo una corteza inmensa, que recubre aún todo, se van perfilando los rasgos de una nueva época que nos empujará con fuerza hacia adelante".

Con tal cambio profundo la experiencia del pasado sirve de poco. Antes ciertos automatismos podían ayudarnos, pero ahora apenas puede confiarse en ellos. Es el caso de la capacidad de regeneración de la naturaleza con sus mecanismos de autorregulación y reequilibrio. Pero esta capacidad tiene sus límites, que, con el furor del desarrollo, el hombre ha traspasado en diversos frentes. Algo parecido puede decirse respecto a las instituciones políticas y alternancia de partidos en el poder, que, aunque funcionen regularmente, no bastan para cubrir las exigencias de participación e innovación de las complejas e integradas sociedades de hoy. Se necesitan procesos políticos y sociales nuevos que se adapten mejor a las características de nuestro tiempo, pero aún no han sido inventados. Asimismo se refiere el autor a los problemas que se derivan del juego oferta-demanda. La escasez de determinados

recursos, la anarquía de los sistemas monetarios, la inflación galopante, la política de los monopolios y oligopolios y las crecientes intervenciones estatales, a nivel nacional e internacional, se han conjugado en la producción de distorsiones sustanciales.

Por todo es preciso un radical cambio de actitudes y un gran esfuerzo realista de imaginación creadora. Se dice que la década de los 80 va a ser charnela de la historia. Por primera vez el hombre está solo frente a su futuro a escala global; si su creación es responsable la especie podrá tener un porvenir digno de su condición humana. Como dice el autor, la invención del futuro es la más importante y la más difícil de las invenciones y debe pasar inexcusablemente por un resurgimiento cultural.

Una de las más destacadas diferencias sociopolíticas entre el mundo futuro frente al actual, es la de una organización imbricada a nivel planetario —el correlato de la *aldea global* de Mc Luhan en la comunicación— que se traducirá en una convergencia progresiva de los países y los grupos geoeconómicos hacia lo que Peccel llama el *metasistema global*, en el que se trata de compartir un porvenir en común.

El hombre en la larga historia del mundo

La parte conocida de la extraordinaria aventura humana comienza hace 100 siglos. Corresponde este periodo al 1% de la era del hombre y a un semisiglo en la escala del Génesis. Pero esa parte insignificante, como vemos, que es la que cuenta, ha sido suficiente para alcanzar las cumbres del arte, fundar vastísimos imperios, y llevar a cabo los grandes descubrimientos que han permitido llegar al desarrollado mundo de hoy. El autor incluye un breve repaso histórico de la influencia de religiones y revoluciones hasta llegar al desarrollado mundo de hoy. El autor desarrollo sociopolítico y progreso tecnoestructural, causa principal en la desestabilización de la sociedad actual.

La llamada *Bomba P* o explosión poblacional, "proliferación exponencial y cancerosa", representa un problema que se agrava con la divergencia entre los países industriales de población estabilizada, con elevado porcentaje de viejos, y los países tercermundistas, prolíficos y jóvenes. En el año 2000 la urbanización alcanzará proporciones alarmantes: habrá 25 megalópolis con más de 10 millones de habitantes, de ellas 20 en el Tercer Mundo, con censos que llegarán a 31 millones en la ciudad de México y a 26 en Sao Paulo. Y la explosión demográfica se combina con la del consumo, con la de un gran incremento de necesidades y apetencias, con niveles diferentes desde luego según las distintas zonas del mundo, pero siempre creciendo en valores absolutos. Se estima que a fin de siglo la Tierra estará habitada por una masa de consumidores virtuales equivalentes —la cifra es asustante— a 60.000 millones de hombres-1900. Otro cálculo sorprendente: los habitantes actuales del mundo a lo largo de su vida consumirán más que todos sus antecesores en los 10.000 siglos precedentes.

De la euforia al pesimismo

La década de los 60 fue un periodo de grandes ilusiones. El hombre tenía la sensación de disponer de una fuente ilimitada de energía que le permitiría transformar la vida a su gusto hacia elevadas cotas de calidad; la sociedad de consumo parecía un objetivo de fácil alcance que todo el mundo deseaba. Era la época en que Herman Kahn exponía su concepción triunfalista del 20×20 , 20.000 millones de habitantes con una renta *per capita* de 20.000 millones de dólares.

Durante estos años de euforia no se percibían muchos factores que actuaban en contra de ese fulgurante desarrollo de la humanidad; el primer grito de alarma fue lanzado por el Club de Roma en su Informe sobre los límites de crecimiento, que vio la luz en 1972, un año antes de la crisis del petróleo. A partir de entonces la situación psicológica va cambiando progresivamente y al final de los 70 se ha llegado a un convencimiento general de signo pesimista; todo el mundo se da cuenta de que la sociedad contemporánea está enferma. Hay unos factores negativos críticos que surgen en los análisis serios que se hacen desde cualquier ángulo: políticos, sociólogos, filósofos, etc. Factores que influyen y refuerzan mutuamente y entre los que el autor enumera los que a su juicio considera más destacados: explosión demográfica, carencia de planes y programas, degradación de la biosfera, crisis de la economía mundial, carrera de armamentos, enfermedades sociales, instituciones vetustas, desarrollo tecnocientífico anárquico, confrontación Este-Oeste y desequilibrio Norteamérica y, por último, carencia de liderazgo.

En el mundo que vivimos se han ido acumulando graves problemas que es preciso resolver. En el cómputo de desheredados se estiman 570 millones de subalimentados y 15 millones de refugiados que huyen de persecuciones y violencias por motivos políticos o étnicos. Otra circunstancia angustiosa es la del paro; su solución en lo que queda de siglo exigiría la creación de 125 millones de puestos de trabajo en los países ricos y 785 millones en los países pobres. Son cifras abrumadoras de personas marginadas o desplazadas por causas de una sociedad que sufre una presión demográfica excesiva frente a los recursos que es capaz de utilizar. De ellas se deduce que los países industrializados tendrán que ayudar cada vez más al Tercer Mundo con políticas de asistencia y colaboración muy amplias y diversificadas. Y deberán abandonar su lógica de crecimiento a toda costa, la engañosa lógica del *más* —más en producción-consumo-empleo, en una expansión de carácter exponencial—, para adoptar la lógica inteligente de lo *mejor*, mejor utilización de los recursos y en primer lugar de los recursos humanos.

Advertencia especial sobre dos peligros graves

Nos detendremos brevemente en dos peligros o amenazas, en el más amplio sentido

del término, que el autor señala poniendo énfasis en la prioritaria necesidad de zanjarlos: la devastación de la naturaleza y el concepto demencial de la seguridad en lo que se refiere a la protección castrense.

La explotación desordenada de la naturaleza con sus efectos degradantes y devastadores es un grave peligro a medio plazo. El hombre de hoy aún no se ha dado cuenta de cuándo franquea los umbrales críticos del equilibrio biológico e ignora por ello cómo va cavando su propia fosa. Los recursos vivos de nuestro planeta disminuyen mientras la población aumenta y ambos ritmos de crecimiento, el positivo y el negativo, son grandes. Según un estudio de prognosis basado en los ritmos actuales, entre los años 1980 y 2020 el censo de la humanidad aumentará en el 215 por 100, mientras los recursos se habrán reducido al 34 por 100.

Por otra parte, en un intento de llegar a la seguridad por todos los medios, los países invierten cantidades ingentes en armas e instalaciones de tecnología ultramoderna para industrias de guerra. Parece que la seguridad no tiene techo. Por lo que se refiere a los ingenios nucleares, la potencia que suman los que hoy se podrían emplear supone un millón de veces la de la bomba de Hiroshima; con esta óptica monstruosa se debía de estar satisfecho. Pero no, los presupuestos militares siguen creciendo, y prosigue la fase experimental de otros medios de destrucción: químicos, bacteriológicos y ecológicos. ¿Es que con ello se mejora realmente la seguridad? Respecto a esto, el autor cita una frase de Robert Mc Namara, antiguo Secretario de Defensa de los Estados Unidos: "Una sociedad puede alcanzar un punto en el que las inversiones militares adicionales no proporcionen una seguridad adicional".

La defensa está exigiendo unos gastos exorbitantes y en gran parte innecesarios: gastos que podrían contribuir a remediar la grave situación del Tercer Mundo. Entre los ejemplos que se citan escogemos dos muy elocuentes. Con lo que costó el submarino Trident, se podría escolarizar durante un año a 16 millones de niños de países subdesarrollados. Con el presupuesto de un moderno avión de guerra, se podrían instalar 40.000 farmacias en núcleos rurales.

Un esfuerzo ingente para las próximas décadas

Hemos tratado de resumir la impresionante perspectiva de problemas a que el autor alude; problemas que se han ido agravando en la sociedad actual sin que se resuelvan y, en su mayor parte, ni siquiera se abordan.

Por lo que se refiere a las infraestructuras físicas adicionales que deben ponerse en funcionamiento en los próximos 20 años, representarán, según se dice, un segundo mundo a construir desde cimientos, con una compleji-

dad cien veces superior al Plan Marshall de la posguerra; su realización excederá en envergadura a lo construido desde la Edad Media hasta nuestros días. Nos movemos en una escala diferente a todo lo anterior y con grandes déficits y retrasos. Y surge el interrogante: ¿Cómo encontrará esa humanidad dividida la concordia y la potencia creadora necesarias para tan extraordinaria empresa?

No faltan los buenos propósitos, y se están haciendo estudios muy completos para definir los marcos de referencia y las bases de información necesarias para establecer políticas y estrategias regionales y globales coordinadas; se cita como ejemplo representativo el llamado *Global 2000* (*), análisis prospectivo de una amplia gama de sectores realizado por diferentes ramas de la Administración americana para ofrecer al Presidente proyectos de ámbito mundial, orgánicos y coherentes, relativos a la población, los recursos y el medio ambiente a los efectos de una identificación realista de los distintos problemas y estrategias que deben adoptarse para su solución. Una exigencia básica es asegurar la gobernabilidad del sistema humano, bloqueada principalmente por dos circunstancias: las tensiones Este-Oeste y el desequilibrio socioeconómico Norte-Sur. Para el autor, el imperativo político prioritario de poner en orden estos dos ejes puede ser una realidad en el futuro.

Por lo que respecta al desafío y diálogo Norte-Sur, se exponen las nuevas proposiciones que cubren un amplio espectro con las correspondientes medidas necesarias para reducir progresivamente las disparidades en el mundo y asegurar "una vida digna y una prosperidad modesta a todos los ciudadanos del planeta". El documento de mayor actualidad presentado en 1980 es el titulado *Norte-Sur: un programa de supervivencia*, que articula un programa de urgencia para el sexenio 1980-85 considerando cuatro puntos fundamentales:

- una transferencia masiva de recursos a los países subdesarrollados,
- una estrategia internacional en materia de energía,
- un programa alimentario de ámbito mundial,
- iniciación de algunas grandes reformas en el sistema económico internacional.

El mayor mérito del documento de referencia es su preocupación dominante de desbloquear por medios políticos la situación paralizada entre Norte y Sur, transformando en colaboraciones activas los mutuos intereses de países ricos y países pobres. Se propone la convocatoria de "cumbres" periódicas, de jefes de Estado o de Gobierno, que se reúnan para estudiar las opciones de la humanidad no como negociadores de su país, sino como colegas que deben definir conjuntamente las contribuciones equitativas que será preciso aportar al bien global común.

El potencial humano

El autor analiza los rasgos esenciales de mentalidad y aptitud que incidirán en la mutación cultural necesaria para hacer frente a los grandes retos del futuro. Como dice, "nuestra situación sería totalmente desesperada si no hubiera una última ancla de salvación en el ser humano". Se refiere a los recursos latentes de una riqueza innata de visión, comprensión y creatividad, que es patrimonio de cada individuo, pero que está olvidada, inexplorada. La elección entre ser o no ser, entre supervivir o sucumbir, depende, en gran medida, de nuestra capacidad de movilización de este potencial humano; y el hombre lo primero que tiene que hacer es desarrollarse a sí mismo y concentrar sus facultades en el enfoque adecuado de los problemas y adaptarse al mundo nuevo, fantástico y semiartificial que en las últimas décadas ha creado.

La transformación que tales condicionantes imponen serán diferentes para los ciudadanos de los distintos países y serán necesarias innumerables iniciativas a todos los niveles. El Club de Roma ha imaginado una serie de actividades orientadas hacia tres objetivos específicos:

- crear un movimiento de aprendizaje-innovación de muy amplias bases,
- promover alternativas para el futuro movilizándolo la creatividad de la juventud,
- provocar la renovación del pensamiento básico actual.

La capacidad cerebral media del individuo es muy superior a la que normalmente emplea, pero hasta ahora se sabe muy poco respecto a la manera de aprender del hombre y de cómo pueden mejorarse los mecanismos mentales que, desconocidos e invisibles, presiden nuestro aprendizaje. En todo caso, en una sociedad de masas, y en rápida transformación, el aprendizaje debe basarse en la participación y en la anticipación. Es esta una exigencia que refleja dos aspectos —uno relativo al presente y otro orientado hacia el futuro— de la ansiada solidaridad humana que será la quinta esencia de una sociedad madura y responsable.

En la actualidad se están promoviendo diversos programas de investigación (estudios neurofisiológicos, sociopsicológicos y pedagógicos para aumentar y perfeccionar nuestras facultades de aprender), así como proyectos pilotos de comunidades experimentales en que se oriente o controle el desarrollo rural hacia niveles crecientes de estímulo y eficacia. No hay que olvidar que, de cada dos habitantes del planeta, uno es campesino del Tercer Mundo, y se trata de que no huya de su medio, sino de que aprenda a vivir dignamente en él. En el fondo de la redención de la sociedad está el concepto *learning* —designación breve que sintetiza el imperativo vital de aprender y seguir aprendiendo sin límites—, destinado, por razones obvias, a convertirse en una idea-fuerza en un mundo que camina a tientas, en la semioscuridad, buscando vías de salvación.

El nuevo humanismo

El hombre moderno debe recuperar su humanidad. Necesita un pensamiento nuevo para salvarse y para estar en condiciones de hacer frente a los múltiples desafíos de nuestro tiempo y de desempeñar la función que le corresponde en razón de su posición de poder y de su responsabilidad en el mundo.

La era tecnológica requiere un nuevo humanismo que invalide o renueve principios y normas a la par que estimule motivaciones espirituales, sociales, políticas y estéticas que nos ayuden a restablecer nuestro equilibrio interior; a restablecer como necesidades supremas el amor, la solidaridad y la convivencia. El alcance de este humanismo deberá ser universal, con una amplitud tal que no sólo influya en algunas naciones, o en determinados estratos sociales, sino que sea aceptado por la masa de la población mundial como un valor que la pertenece. El nuevo humanismo deberá constituir una auténtica revolución humana, de cuyo triunfo depende la supervivencia de la especie en los periodos difíciles que se avecinan. El hombre moderno debe, pues, luchar con todos sus medios y el incremento posible de su capacidad, porque este triunfo se logre.

Más que nadie, los jóvenes son los primeros convocados a forjar el porvenir, que es su porvenir. Las generaciones que van a tener la suerte de vivir esta época crucial de la historia no pueden permanecer ignorantes e indiferentes respecto al futuro de la humanidad, que dependerá de sus opciones y de sus comportamientos. Si su acción, la acción colectiva de todas las naciones, es inteligente y responsable la parte más bella de la aventura humana está aún delante de nosotros. Merece la pena consagrarse en cuerpo y alma, en pensamiento y obra, para participar en la medida de nuestras fuerzas en ese triunfo renovador sobre los desafíos que nos acechan. A ello incita, a través de su bosquejo histórico y de su fe en las posibilidades del hombre, este breve libro de Aurelio Peccei, que sin duda despertará reacciones válidas para ir configurando decisiones y creando el necesario clima para una beneficiosa evolución politicoestructural de la sociedad y de los sistemas humanos que permitan asegurar la gobernabilidad del mundo con un sentido de lo global y de las armonías universales.

En base a todo lo expuesto, concluiremos la presente recensión recomendando la lectura de este manifiesto cordial que nos enfrenta con las realidades de una situación límite y que analiza, con precisión y sutileza, los problemas del mundo, valorando sus implicaciones, con un afán orientado hacia las soluciones aún posibles. Abogando por una *Real utopía*, esforzada y creadora, que se apoye en el potencial latente de cada individuo, que es donde yacen los mayores recursos de la humanidad.

Olegario Llamazares

(*) *The Global 2000 Report to the President*, U.S. Government Printing Office, Washington D.C., 1980.